



FOTO: Agrícola

COMPETIR O DIAGNOSTICAR: LA DECISIÓN QUE EL CARIBE NO PUEDE SEGUIR APLAZANDO

Colombia lleva décadas sabiendo exactamente qué tiene en el Caribe y exactamente qué no ha hecho con ello. ***El diagnóstico está escrito, repetido y archivado: la región concentra el 23% de la superficie agrícola potencial del país y apenas genera el 7% del PIB agropecuario nacional, según datos del IGAC y el DANE. Esa brecha no se explica por falta de tierra, de clima ni de vocación productiva.*** Se explica por la ausencia de una arquitectura territorial que convierta el potencial en competitividad real, sostenida y medible en los mercados donde Co-

lombia debe posicionarse.

No se trata de una deuda política pendiente. Se trata de una condición estructural no resuelta. ***Y mientras Colombia sigue debatiendo en qué nivel de gobierno recae la responsabilidad, otras regiones del mundo con condiciones similares (clima tropical, acceso portuario, diversidad productiva) han tomado decisiones, construido sistemas y conquistado mercados.*** Esa es la comparación que debe incomodar.



FOTO: Diario la Economía

Filipinas articuló su política de coco en un Roadmap que integró agricultura, industria y logística bajo una sola dirección de Estado. El resultado es verificable: sus exportaciones de aceite de coco alcanzaron un récord de USD 2.200 millones en 2024, según la Philippine Coconut Authority, con un plan de siembra de 100 millones de árboles en ejecución. Brasil consolidó en su nordeste un modelo productivo que llevó la producción nacional a casi 2,9 millones de toneladas en 2023, con exportaciones que crecieron más del 95% en el primer semestre de ese año. Ambos casos comparten una condición de partida similar a la del Caribe colombiano: **regiones históricamente marginadas, con vocación tropical y acceso a mercados internacionales.** La diferencia no estuvo en el potencial. Estuvo en la decisión de construir sistemas en lugar de acumular diagnósticos.

La propuesta concreta para el Caribe colombiano es la construcción de Corredores Agroindustriales: sistemas territoriales donde la producción primaria, la infraestructura, la transformación y el acceso a mercados operen de manera integrada, con lógica de largo plazo y anclaje institucional que garantice continuidad más allá de los ciclos administrativos.

Un corredor no comienza en la carretera. Comienza en el agua. Sin sistemas de riego eficientes, manejo hídrico y drenaje adecuado, la productividad agrícola en el Caribe seguirá siendo rehén de la variabilidad climática. **La infraestructura hídrica no es un complemento deseable: es la condición de base sobre la cual todo lo demás funciona o no funciona.**

Sobre el agua viene el suelo. **La productividad depende del manejo técnico de la tierra: recuperación de suelos degradados, planificación de uso según vocación productiva real y alineación con decisiones de inversión privada. La siguiente capa es la genética. La brecha entre una agricultura de subsistencia y una agroindustria competitiva pasa, con frecuencia, por la calidad del material vegetal.** Semillas certificadas, clones mejorados y variedades adaptadas al trópico seco no son detalles agronómicos: son el punto de partida de cualquier estrategia seria de productividad regional.

Sobre esa base se construye la capa que más importa en términos de valor: la transformación. **El Caribe no puede seguir siendo exportador de materia prima barata mientras importa el valor agregado que él mismo pudo haber generado.**

Plantas de procesamiento, cadenas de frío y encadenamientos hacia mercados de alto valor son los eslabones que convierten una cosecha en ingreso sostenible. Y es aquí donde el concepto del campesino propietario adquiere toda su relevancia estratégica: **un productor con participación en el capital agroindustrial, no solo en la producción primaria, tiene incentivos distintos, mayor capacidad de negociación y acceso diferente al financiamiento.** Esa diferencia es la que separa una economía rural que sobrevive de una que se acumula y crece.

El último componente es la conexión con mercados. Según la Encuesta Nacional Logística 2024 del DNP, el costo logístico en Colombia representa el 15,6% del valor de la carga. Los productores del norte del país asumen un sobrecosto evitable al enrutar su producción hacia el Pacífico cuando tienen terminales portuarias en el Caribe a menos de dos horas. Cartagena, Santa Marta y Urabá son puertas al mundo que operan por debajo de su potencial porque no hay suficiente producción tecnificada y transformada que las llene. Un corredor resuelve eso: pone producción donde hay puerto, y pone el puerto al servicio de la producción.

Modelos de negocio ya operativos en el Caribe colombiano demuestran que la arquitectura funciona. **Proyectos agroindustriales estructurados como el ecosistema de coco en el Caribe colombiano bajo el esquema del campesino propietario generan un empleo directo por cada cinco hectáreas cultivadas y una tasa interna de retorno superior al 21% financiando con capital propio.** Eso no es teoría. Es evidencia de que la escala regional es posible cuando se integran correctamente las capas del sistema.

El Plan Nacional de Desarrollo 2026-2030 es la oportunidad concreta de convertir esta arquitectura en política de Estado. El Caribe requiere al menos dos Corredores Agroindustriales piloto (uno en el eje del Sinú, otro en Montes de María o La Guajira) con horizonte de diez años, financiamiento estructurado y gobernanza territorial definida. No como proyectos de inversión dispersos, sino como sistemas productivos integrados con metas de competitividad global verificables. La región tiene la tierra, los puertos y los modelos que funcionan. Lo que se necesita ahora es que quienes toman decisiones de política pública dejen de tratar el Caribe como un problema por resolver y empiecen a diseñarlo como una economía por construir.



**LUIS MIGUEL
PICO
PASTRANA**

 **luismpicop**